

no desea Él otra cosa sino sacaros de las tinieblas y curaros de vuestra enfermedad.

¡ Ah, yo veo que desde el fondo de este tabernáculo, donde su amor le retiene; se inclina hácia vosotros con amor, él escucha, él comprende los pensamientos de vuestros corazones; él ve vuestros combates, vuestras penas y vuestros remordimientos; él espera á que le digáis desde el fondo de vuestro corazón : *Jesús, hijo de David, tened misericordia de mí.* Pobres y queridas almas, ¿ es que no se lo diréis ? ¿ Es que no deseais vuestra curación ? ¿ Es que no sentís la necesidad, que tenéis de su gracia ?

Ea pues, valor, confianza. Jesucristo es bondadoso, haced un esfuerzo durante el tiempo santo de la cuaresma, para volver á él. Y volver á Jesús, salir del estado de pecado, será para vosotros la alegría, la calma, la paz durante los días que os quedan por pasar en la tierra; despues vendrán las delicias inmortales y una felicidad sin fin, en aquella patria bienaventurada, á la que nos llama Dios, y que yo os deseo de lo más profundo de mi corazón... Amen.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

(MAT., IV, 9-11.)

Tentación de Nuestro Señor. Por qué quiso Jesucristo ser tentado; cómo debemos conducirnos en las tentaciones.

Texto. *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.* Todo esto te daré, si postrándote me oras.

Exordio. En verdad, hermanos míos, el relato del Evangelio del día de hoy es bien propio para excitar nuestra admiración.

Que Jesús haya obrado milagros, curado enfermos, resucitado muertos, no nos asombramos de éllo nosotros, que creemos en su

divinidad y en su omnipotencia; que bajo la forma de parábolas, ó de otra manera, nos haya dado sublimes y saludables enseñanzas, esto nos parece digno de Él, porque había venido sobre la tierra para instruirnos; que aun se haya dignado sufrir aquella ignominiosa muerte de cruz, lo comprendemos tambien hasta cierto punto, conociendo su amor y sabiendo que venía para expiar nuestros pecados y rescatar nuestras almas. Pero que Él quisiera ser tentado por el demonio !... ¡ Oh, esto tiene algo de más sorprendente, y, sin embargo, debemos creerlo, porque hé aquí lo que nos relata el Evangelio del presente día. « Fué Jesús llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado del diablo, y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo finalmente hambre. Y llegándose entónces el tentador, le dijo : Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan. Mas Jesús le respondió. Escrito está : no de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra, que sale de la boca de Dios. Entónces el diablo le condujo á la Ciudad Santa y le puso sobre el pináculo del templo. Y le dijo : Si eres Hijo de Dios, échâte abajo, porque escrito está : que ha encargado á sus Angeles que cuiden de tí, y te sostengan en sus brazos, para que no tropiece tu pié contra las piedras. Díjole Jesús : También está escrito : No tentarás al Señor tu Dios. Otra vez le llevó el Diablo á un monte muy alto, y mostrándole desde allí todos los reinos del mundo con su esplendor, le dijo : Todo esto te daré, si, postrándote, me adoras. Entónces le dijo Jesús : Retírate, Satanás, porque está escrito : Adorarás al Señor tu Dios, y á Él sólo servirás. Entónces le dejó el diablo, y he aquí que se le acercaron los Ángeles y le servían. »

Proposición. Si, hermanos míos, este poder concedido al demonio, aquellas tentaciones, que se atrevió á hacer sufrir á Nuestro Señor, son bien propias para sorprendernos y asombrarnos.

Pero, si hacemos esfuerzos para penetrar aquel misterio, veremos en éllo sin duda alguna una prueba del amor inagotable que nos tiene este adorable Salvador, y una lección útil, de que debemos sacara provebo...

División. *Primeramente.* ¿ Por qué quiso Jesús ser tentado por

el demonio? *Segundo* : ¿ cómo debemos conducirnos con respecto à las tentaciones? Dos cuestiones, à las cuales me propongo responder en esta instrucción.

Primera parte. ¿ Porqué quiso Jesucristo ser tentado por el demonio?... Y desde luego, hermanos míos, todos sabéis lo que es el demonio: un ángel rebelde, el cual, ensorberbecido por los beneficios, que había recibido de Dios, se atrevió á rebelarse contra su criador, como un general, que abusara del poder que le ha confiado su rey, para excitar una rebelión ó sedición contra él. Llevó trás de sí, dicen, el tercio de los ángeles. Ofendido por este orgullo, el Todopoderoso expulsó del cielo aquellos ángeles rebeldes. Tres veces miserables por su alejamiento de Dios, por el recuerdo de la felicidad perdida, y por los tormentos que sufren, aquellos demonios, envidiosos de la dicha de los hombres, se esfuerzan á arrastrarles y excitarles al mal, á fin de verles un día comprendidos en su condenación... El jefe de aquellos malos ángeles tiene varios nombres; unas veces es llamado *demonio*, *diablo*, nombres que se aplican también á cada uno de estos malos espíritus; otras veces es llamado *Lucifer*, á causa de la gloria, con que brillaba antes de su caída; otras veces también se le designa bajo el nombre de *Satanás*; y bajo esta denominación Jesucristo lo arrojó de sí, cuando le dijo: *Retírate, Satanás*; y nosotros mismos lo arrojamos el día de nuestro bautismo, cuando por boca de nuestros padrinos dijimos: *Renuncio á Satanás á sus pompas y á sus obras*... Los demonios son puros espíritus; Dios puede muy bien permitir, que se manifiesten algunas veces bajo una forma visible, pero no tienen cuerpo propio; y si á veces se representa al diablo bajo una forma horrible, es para significar su fealdad, su malicia, é inspirarnos un saludable horror...

Se encuentran á veces cristianos, que tratan bien inconsideradamente esta verdad de la existencia del diablo, y afectan aun dudar de élla; éstos, hermanos míos, están en el error, y no poseen la fé tal como la exige la Iglesia. Existe el demonio: él es quien hizo caer á nuestros primeros padres; él es quien se hizo adorar por los paganos, él es quien tentó á Nuestro Señor Jesu-

cristo, él es quien aun ahora incita á los hombres al mal, y les inspira esos espantosos crímenes, cuyo solo pensamiento hace temblar de horror. Sólo, pues, los impíos é ignorantes puedan negar la existencia del diablo...

Me ha parecido á propósito, hermanos míos, haceros esta explicación, la cual tal vez no será inútil, ántes de responder á mi primera cuestión... ¿ Porqué quiso Jesucristo ser tentado por el demonio? Fué para sufrir todas las humillaciones de nuestra naturaleza, animar á los santos, y servirnos de modelo ¹.

Al revestirse de nuestra naturaleza, Jesucristo la tomó con todas sus miserias, con todas sus flaquezas, excepto el pecado. *No tenemos*, dice san Pablo, *un Pontífice ó mediador, que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, mas tentado en todo segun nuestra semejanza, pero sin pecado* ². Pues no habría podido el Apóstol decir estas palabras, y Jesucristo no habría sido como nosotros sometido á toda clase de tentaciones, si Él no hubiese querido sufrir los asaltos del mismo Satanás. Nosotros, hermanos míos, no comprendemos lo doloroso, lo triste, lo humillante, que hay en estas tentaciones del demonio, en la presencia visible ó invisible de Satanás cerca de un alma, que ama y teme á Dios, porque nuestra fé no es bastante viva, ni nuestra caridad bastante grande.

Pero si preguntáis á las santas almas, que tuvieron que sufrir estas vejaciones y aguantar estas obsesiones, os dirán que ningun sufrimiento fué para ellas igual á este sufrimiento, ningun dolor igual á este dolor. Pues bien, esta pena Nuestro Señor ha querido probarla, para enseñar á sus santos como era menester que la sufriesen...

Me pregunto, ó Salvador mio, ¿ qué pensamientos agitaban vuestra alma, cuando Satanás osaba levantaros en sus brazos, y tenía la impudencia de proponeros el que le adoraseis?... Quizás estaba vuestro corazón conmovido de lástima, viendo esta criatura, que habíais hecho tan hermosa y tan brillante, caída hasta este

1. Confer., *Santo Tomás*, IIIª parte, cuest. xli, art. 1º y sigtes.

2. Hebr., iv, 15.

último grado de rebajamiento, de malicia y locura... Quizás una tal insolencia excitaba en vos movimientos de una santa indignación; pero lo que se sabe, ó Jesús mio, es que estas tentaciones os causaron una indecible tristeza. Una comparación, hermanos míos, os hará comprenderlo bien... Imaginaos una princesa joven, casta, hermosa, tiernamente afecta al rey, su esposo. Hé aquí que un vil y miserable sirviente, condenado precisamente á galeras por la justicia del rey, osa levantar los ojos hacia esta reina, y proponerla el quebrantar la fidelidad, que debe á su esposo. ¿Comprendéis la humillación, la vergüenza, la tristeza, la indignación y el dolor que inspiraría á esta casta reina tan infame audacia? Pues bien, esto es nada en comparación de los sentimientos, que el alma de Nuestro Señor debió experimentar, cuando el diablo se atrevió á proponerle, que le adorase...

Luego, al someterse á este humillante y penosa experiencia, quería Nuestro Señor enseñar á sus santos de que manera ellos mismos debían sufrirla, mostrándoles, que no tenían que temer á este enemigo, y como debían menospreciarle y desafiar sus furros... Por eso ¡cuántos santos, animados por este ejemplo del Salvador, han resistido á todas las seducciones, á todas las obsesiones, aun corporales y visibles de Satanás!... El catálogo de ellos sería largo. Sin hablar de san Antonio, de san Pacomio y de todos los santos Padres del desierto, los cuales habian sostenido con Satanás muchísimos combates; sin hablar del ilustre San Vicente Ferrer, á quien el diablo decía: « Te perseguiré, hasta que te haya derribado y seas vencido; » A cuya amenaza el santo misionero respondía: « No te temo, miserable, mientras Jesucristo esté conmigo ¹; » quiero solamente contaros en pocas palabras lo que hizo sufrir á santa Francisca Romana... Ya la suspendía de una ventana sobre la vía pública, amenazándola con quebrantar hacerla contra la piedra; ya la hacia dar las más pesadas caídas, alardeandode matar á ella y á su hijo. Pero siempre llena de confianza en Dios, siempre animada por el ejemplo de Jesucristo, que le decía:

1. Ribadencira, IV, t. p. 93 (5 de Abril.)

« Ten, confianza, le he vencido yo, » respondía la santa al tentador: « Miserable, redobla tus malos tratamientos, si Dios te da el poder de hacerlo; no te temo, te desprecio ¹. » En verdad, todas estas cosas parecen extraordinarias, pero son verdaderas, conformes á la fé y apoyadas sobre la autoridad de la santa Iglesia. Ya comprendéis ahora porque Jesucristo quiso ser tentado, y fué, para servir á la vez de ejemplo y estímulo á sus santos en semejantes circunstancias.

Segunda parte. Pero al querer ser tentado por el demonio, Nuestro Señor tenía todavía otra intención, que nos es más aplicable á nosotros los cristianos, que vivimos en una condicion ordinaria. Quiso enseñarnos de que manera debemos conducirnos con respecto á las tentaciones.

Primeramente. No debemos exponernos á ellas; el mismo Jesucristo no se fué espontáneamente al desierto, sino que fué conducido allí por una inspiración del Espíritu santo. *Ductus est a Spiritu.* Y, en efecto, está escrito: Él que ama el peligro, en él perecerá ². Si ponéis una luz en medio de una fuerte corriente de aire, ¿cual es vuestra intención, si no que élla se extinga? Si, ignorando el arte de nadar, os precipitais en la profundidad de un rio, ¿no dirán, que queréis ahogaros? Pero por el contrario, si para hacer la voluntad de Dios, ó para cumplir con un deber importante de vuestra condición os habéis expuesto á la tentación, tened confianza; desde el momento que no hay imprudencia de vuestra parte, os vendrá en ayuda la gracia de Dios.

Un doble ejemplo, sacado de nuestras santas Escrituras, nos mostrará claramente esta verdad. David, colmado de los beneficios del Señor, hasta entónces piadoso, prudente, recatado, podía seguramente creerse fuerte y al abrigo del peligro. No obstante se expone temerariamente á él, y sucumbe. Desde lo alto de su palacio divisa una mujer; en vez de volver los ojos á otro lado, los fija con avidez sobre este peligroso espectáculo. La codicia de

1. Véase *Su Vida*, por los Boll., lib. III, cap. I, II, III, IV. — 2. Eccli. III, 27.

poseerla penetra en su corazón, la pasión se enardece, y el crimen de adulterio, acompañado con él de homicidio, viene á manchar su virtud y á proporcionarle por todo el resto de su vida un motivo de inagotables lágrimas ¹. Se expuso á la tentación, y á élla sucumbió!... Ved, por el contrario, al santo patriarca José; es esclavo de Putifar, el cual le da su confianza, nombrándole su intendente. Una terrible tentación se le ofrece en la misma casa de su dueño, pero él no puede disponer de sí, es menester que permanezca en esta casa, su deber le obliga á ello; no ha ido al encuentro de la tentación, no la ha querido: Dios le hará fuerte y le proporcionará la gracia de vencerla. En vano, ¡oh esposa de Putifar! tu procurarás por tus palabras y artificios hacer vacilar su virtud; en vano tú te apasionarás, hasta el punto de querer violentarle, él deja su capa en tus manos, pero salva su inocencia!... Dios le protegió en medio de esta terrible tentación, porque no se había expuesto á élla, y no había salido á su encuentro ².

Y ahora, hermanos míos, volvamos á nosotros. Si hemos murmurado ó calumniado, ¿no es porque hemos buscado unas compañías, las cuales sabíamos gustaban de la murmuración y la calumnia? Véd á ese hombre que se entrega á la embriaguez, y esotro, que pierde jugando el dinero, que debería emplear en el sustento de su familia, ó en pagar sus deudas, ¿no salen ellos, al frecuentar las tabernas ó ciertas casas, al encuentro de la tentación? Y cómo entónces no sucumbirían? ¿Qué diré yo de estas con jóvenes, cuya lijereza desconsuela, y las cuales muchas veces con escándalos públicos contristan no sólo su familia, sino toda una parroquia? ¡Ah, bien sabeis que corren, por decirlo así, hacia las tentaciones, no ignorais á que diversiones se abandonan, y en medio de que sociedades se complacen!...

Sin embargo, no basta, no exponernos voluntariamente á la tentación. El ejemplo de Jesucristo nos enseña además, que hemos de prepararnos á soportarla, á vencerla por el ayuno y las buenas obras. De esta manera se había Él mismo preparado. Mas

1. II Reyes, xi, 2 y sigtes. — 2. Gén., xxxix, 7 y sigtes.

tarde decía á sus apóstoles, que no habían podido libertar un poseso: *Este linaje de demonios no se lanza sino por la oración y el ayuno* ¹. Cierto, hermanos míos, ya lo sé, que muchos de vosotros, ya por ejercer profesiones penosas, ya por entregarse á las rudas faenas de los campos, no están obligados á este ayuno, á que la Iglesia durante este santo tiempo obliga aquellos de sus hijos, que no tienen una razon legítima, para ser dispensados del mismo. Pero, entendemos solamente por ayuno, si os place, la sobriedad, la templanza recomendada á todos los cristianos en cualquiera circunstancia que sea... Por vuestra propia experiencia, ó por la ajena podeis ver cuán necesaria es aquella, para vencer las tentaciones. Habréis sin duda asistido algunas veces á ciertos convites de fiesta, á festines de bodas, ó á otras reuniones, en las cuales las límites de la templanza han sido traspasados. ¿Qué habéis visto? decidme; qué habéis observado? ¿qué habéis oido? Respondedme. — Hemos oido, diréis, muchas palabras contra la caridad, muchos discursos inmodestos y cantos licenciosos. Cuántas personas, graves y arregladas en otras circunstancias, nos han parecido lijeras, frívolas, desconcertadas!... Hemos visto jóvenes y aun mujeres de mediana edad... — Basta, no acabéis... Sin duda, no estaríais en este número y no habréis dado ocasión de vuestra parte á semejantes reflexiones!... ¡Que Dios sea bendito!... Pero comprendéis bien, cuán necesario es el ayuno, ó mejor dicho, la templanza, para preservarse de las tentaciones y vencerlas. Creed, que aquellos y aquellas, que os han escandalizado en tales circunstancias, no habían observado las leyes de élla.

Por otra parte, ¡oh! la oración sobre todo es necesaria para triunfar de las tentaciones, sean las que fueren. ¿Qué hacíais, ó adorable Salvador nuestro, durante este retiro de cuarenta días en el desierto?... Os preparabais por la oración, no sólo á vuestra vida pública, sino tambien á resistir á los ataques de Satanás. Y nosotros tambien, hermanos míos, por la oración debemos prepa-

1. Mat., xvii, 20.

rarnos á vencer las tentaciones. Un piadoso rey, viéndose rodeado por una multitud de enemigos, contra los cuales su pequeño ejército era insuficiente, exclamaba dirigiéndose al Señor: Reconocemos, ó Dios mio, que nuestras fuerzas no son bastante numerosas para resistir á esta poderosa muchedumbre, que viene á caer sobre nosotros; pero como no sabemos ni siquiera lo que hemos de hacer, no nos queda otra cosa, sino volvernos hácia vos, y echarnos en vuestros brazos, poniendo en vos toda nuestra confianza.» Y él recibía este repuesta: «Poned vuestra confianza en el Señor vuestro Dios, y no tendréis que temer, y todo os saldrá bien.» Y al día siguiente salía él victorioso¹. Así debemos portarnos en medio de las tentaciones: recurrir á Dios é implorar su ayuda. Si un ladron está en vuestra casa, podéis obligarle á huir de élla, dando gritos; pero si guardais silencio, saquearia vuestra casa por culpa vuestra. Cuando tengáis una tentación, podéis por medio de la oración libraros de élla y vencerla, pero si descuidais hacerlo, y sucumbís ¿quién tendrá la culpa sino vosotros?

En fin un tercer medio es no platicar con la tentacion, sino rechazarla pronto. Ved el ejemplo, que nos da nuestro divino Salvador. Apenas le ha propuesto Satanás, que le adore, cuando lleno de una santa indignación, exclama: «Retírate Satanás, atrás, miserable! *Vade retro, Satan.*» Así es como se ha de hacer, sin discutir ni raciocinar. Mas si discutimos y platicamos con la tentacion, si guardamos con placer en nuestros corazones un pensamiento lijero, aguardando para rechazarlo, á que se haga malo y llegue á pecado mortal, entonces estemos ciertos, que saldremos vencidos. La cabeza de la serpiente es más pequeña, que su cuerpo, y, sin embargo, desde el momento que ha podido penetrar en una hendidura por pequeña que sea, pasa por allí fácilmente el resto del cuerpo. Tal est la imágen de ciertas tentaciones. Si se las deja penetrar en la imaginación, aun bajo una apariencia inofensiva, indefectiblemente todo su séquito las acom-

1. II Par., xx, 12, 15, 20.

pañará; se harán peligrosas, culpables y todo su veneno se habrá introducido en nuestro corazon.

PERORACIÓN. ¡Cuántas cosas, hermanos míos, tendría aun que deciros con respecto á las tentaciones y artificios, que el demonio emplea, para hacernos sucumbir! Pero temó ser demasiado largo; y termino llamando aun vuestra atención sobre una circunstancia de nuestro Evangelio.

El diablo hizo aparecer ante Nuestro Señor todos los reinos de este mundo con su gloria y poder, y le dijo: «Si prosternándote ante mí me adoras, te daré todo esto.» ¡Ah pérfido y mentiroso! ¿Acaso no pertenece todo á Dios? Fuera de su perversidad, ¿posee Satanás algo? Y sin embargo, cristianos, tal es su arma la más poderosa; es por medio de promesas mentirosas, por esta palabra artificiosa: *Te daré*, que él seduce sobre todo las almas... Avaros, que ardeis en el abismo del infierno, él vió las codicias, que ardían en vuestros corazones, y os dijo: «Trabaja el domingo, presta con usura, sé duro con los pobres, *te daré* la riqueza y la tranquilidad en tu vejez.» Y no habéis disfrutado de vuestras riquezas, y quizás no habéis tampoco llegado á ser viejos, ó si habéis llegado, jamás gozasteis de tranquilidad... Ambiciosos, orgullosos de todas clases, cuya suerte ha parado en la condenacion eterna, él leía en el fondo de vuestras almas vuestros deseos dominantes, y os dijo: «Engaña y menosprecia á los otros, sé hipócrita, no temas recorrer á los más infames medios para exaltarte y darte importancia, *te daré* los honores y la gloria.» Ahora experimentais la falsedad de sus promesas. Descubiertos quizás aun mientras vivíais sobre la tierra, pobres condenados, ¿dónde están ahora vuestros honores, dónde está vuestra gloria?

Pero, ¿para qué evocar aquí la memoria de los muertos? Vosotras jóvenes, mujeres, y vosotros todos, cristianos, que no os confesais ya, ó que os confesais mal, ha visto él las tendencias y las pasiones, que hervían en vuestro corazon, durante los años que han seguido a vuestra primera comunión. «Deja la oración, os ha dicho, asiste ménos puntualmente á los oficios divinos, sacude las leyes del pudor y de la decencia, corre á divertirme en

esas sociedades mundanas, en esas reuniones locas, *te daré* el gozo, el delcete, los placeres. » ¿ Ha cumplido el mentiroso su promesa? Comparad vuestro estado actual con aquel, en que os hablabais el día de vuestra primera comunión; ¿ cuál os parece preferible? En vez del delcete, de los placeres, ¿ no habéis acaso encontrado el fastidio, la tristeza, los remordimientos?... ¡ Ah, amados hermanos míos, al ménos, durante estos días de penitencia, sepamos una vez resistir á estos asaltos, volvamos sinceramente al Señor, á pesar de las sugerencias de Satanás. Sí, volvamos á este Señor Jesús, el Dios de nuestra niñez, él, que siempre fiel á sus promesas, puede sólo hacernos gustar la paz, la verdadera alegría acá en la tierra, y que sólo tambien puede darnos aquella felicidad, aquella bienaventuranza, que durará por toda la eternidad. Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.

(MAT., XVII, 1-9.)

Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo. — Pruebas de su divinidad; estímulo, para incitarnos á conquistar el cielo.

TEXTO. *Et transfiguratus est ante eos. Et resplenduit facies ejus sicut sol; vestimenta ejus facta sunt alba sicut nix.* Y se transfiguró ante ellos. Su rostro resplandeció como el sol, y sus vestidos quedaron blancos como la nieve.

EXORDIO. ¡ Qué contraste, hermanos míos entre el Evangelio de este día y el que os explicábamos el último domingo! En uno vimos á Jesucristo sobre un alto monte, á donde le había transportado el demonio, y queriendo que le adorase, le proponía todos los reinos de la tierra... Promesa falsa, porque, como dijimos, no puede el demonio dar nada ni siquiera los frágiles bienes

de este mundo... Hoy, ó glorioso Salvador, estáis tambien sobre un monte alto, á donde habeis conducido á tres de vuestros apóstoles. Ahí os contemplamos resplandeciente y transfigurado!... En efecto, hermanos míos, hé aquí lo que relata nuestro Evangelio. — « Despues de seis días, tomando Jesús consigo á Pedro, Santiago y Juan, su hermano, los llevó aparte á un elevado monte y se transfiguró ante ellos. Su rostro resplandeció como el sol, y sus vestidos quedaron blancos como la nieve. Y hé aquí que al mismo tiempo se les aparecieron Moisés y Eliás, hablando con Él. Y tomando Pedro la palabra, dijo á Jesús : Señor, bueno es estaros aquí, si gustas, hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés, y otra para Eliás. Estando aun hablando, hé aquí que una nube resplandeciente los cubrió, y salió de la nube una voz, que decía : Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto todas mis delicias; escuchadle. Y al oír esto los discípulos, cayeron de rostro en tierra, y temieron en gran manera. Llegándose entonces Jesús á ellos, les tocó, y les dijo : levantaos y no temais. Y alzando sus ojos, no vieron á nadie, sino á Jesús sólo. Cuando bajaban del monte, les impuso Jesús precepto, diciendo : No digáis á nadie lo que habeis visto, hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos. »

PROPOSICIÓN. Quizás, hermanos míos, comparando el momento tan corto de la Transfiguración con las horas tan largas y penosas de la Pasion del Salvador, debería mostraros, á propósito de este Evangelio, que los goces de la tierra son raros y cortos, que mucho más numerosas y largas son acá bajo las penas, las desgracias y aflicciones. Sin embargo, me detengo en otra consideración, y quiero con el auxilio de Dios explicaros cual ha sido el intento, el fin de Nuestro Señor en su Transfiguración.

DIVISION. Entre otras razones, que podríamos dar con respecto á este misterio, me detendré en las dos siguientes : *Primera-mente*, esta Transfiguración tuvo lugar, para dar una prueba evidente de la divinidad de nuestro Salvador; *Segundo*, tuvo aun por fin animar y fortalecer la debilidad de nuestra fé, mostrándonos la recompensa prometida.